

SELECCIÓN CUENTOS 2024

CARTA AL SEÑOR SALGADO

Estimado Señor Salgado

Puerto Montt, 28 de febrero de 2021

Debo comenzar esta misiva con la honestidad de un caballero, magnanimidad que ha caracterizado a nuestro linaje desde épocas tempranas, y no puedo sino más que agradecer su última carta y las palabras que en ella venían. Digo venían pues simulaban acercarse con cautela, alternando incluso de tamaño, entre minúsculas y mayúsculas, ampliando su bella forma, a medida que mis ojos adelantaban en ese trayecto frenético y puro que es el leer.

¡Cuánta satisfacción sentí!

Corrían días angustiosos, llenos de lúgubres presentimientos e inquietos despertares, los que se vieron gratamente aplacados al descubrir su nota en mi buzón. Por lo menos se digna a contestar, fue lo primero que concebí al deletrear vuestro nombre al remitente. Caminé hacia mi escritorio y permanecí de pie, vacilante, recriminándome por las dudas y absurdas conjeturas que por días lastimaban mi juicio. Dejé caer la correspondencia sobre la mesa y me quedé ahí, como un niño arrepentido de sus fechorías, observándola por largo rato. Su respuesta, y más que ella, el accionar de su persona con respecto a nuestro trato, era de suma importancia, usted imaginará, para el buen funcionamiento y el futuro de mi pequeña empresa familiar.

Decidí saborear un buen vaso de vino y avivar mis ánimos con esa efectiva e innegable mezcla de alcohol y sueños cumplidos. Qué placer desmedido, señor mío, beber la sangre del mártir de nuestra fe mientras, con dedos certeros, desplegar su carta. Y, al leer... Dios —sí, sintiendo muy próxima la presencia de Dios—, va a cumplir, va a hacer lo que dice, canté alegre, bebiendo un gran sorbo, a la vez que mis ojos perdían el rastro sobre los paisajes, asomados a mi ventana acá, este lugar tan familiar para ambos, en el mágico sur de nuestro país. Usted, señor Salgado, daba un plazo, una seña incuestionable estampada a fuego en los días calendario. En dos semanas más cumplirá y se reestablecerá el orden. Juntos,

señor Salgado, brindaremos en un acto de complicidad y fundado optimismo y podremos gozar de los beneficios, mutuamente, calculados.

Rellené una vez más mi copa, alzando a contraluz el licor, lisonjeado por el ensueño, lo gratificante de un proyecto cuyo puerto, jaspeado de luces, está a la vista.

Retomé mis actividades diarias con aún más energía y tesón. Trabajé duro desde los fríos despuntares, apoyado en mi tazón humeante, hasta las cantinelas mágicas de grillos y luciérnagas en el atardecer. Tuve una charla amigable y cómplice con mis empleados al alero de un buen trozo de carne asada. Un perfume arremolinado, elevándose hacia un cielo cándido, tierra, leña, carbón, lo inseparable, lo irrefutable del destino. ¿Ha visto usted, señor Salgado, el rostro iluminado de un hombre modesto ante la expectativa de un mejor salario? Como todo final de fiesta, bailamos alrededor del fogón, abrazados.

Por otra parte, tuve que hacerme el tiempo, una obligación axiomática, y viajé a la ciudad a reunirme con mis acreedores. A ellos, de igual forma, en arduas negociaciones, les traspasé el plazo. ¡Lo entendieron! Lo aplaudieron. Como el común de la raza también brindan, manejan sus tiempos —ya que el tiempo, desde lo acepción filosófica más profunda, es inmanejable y corre libre, sin miramientos, a nuestro gran pesar— y tienen sus propios proyectos, necesidades, hambres, penas y dichas y, por qué no decirlo, esperanzas, tal y como usted, señor Salgado. Recuerdo como nos reíamos de ellos hace un par de meses, maravillados ante nuestra estrategia para evadirlos. No es bueno burlarse. Finalmente, actuaron como personas caritativas, revelando rasgos piadosos y, sobre todo, una sonrisa generosa. Entendieron, sin grandes melindres, los avatares de la vida diaria y los problemas de incumplimientos a los que uno puede verse sometido. Convine con ellos un plazo de veinte días.

¡Qué inmensa paz! Y es en ella, dentro de ella, en la que recordé nuestros primeros días, las palabras nos fueron uniendo, su significado, la semántica de la vida, hasta que ambos, sin duda, nos consideramos amigos. Sí, forjamos un apego

sólido. Qué difícil, sin embargo, ya lo han descrito mejores relatores que yo, es llevar adelante un aprecio.

Muchas veces pecamos de aduladores más por ignorancia que por respeto. Los vocablos, la terminología, con cada definición de los códigos y regulaciones tributarias que usted utilizaba, debo admitir, con total dominio, mi asombro crecía. Pero hubo más que asombro, en eso debemos convenir: fue simple y llanamente confianza. Y permití, señor Salgado, vuestro acceso a lo más íntimo de la empresa.

De súbito, como siempre en la giratoria de la vida, llegaron los tiempos difíciles, los negocios fallidos, las malas decisiones y pronto, en nuestras reuniones predominó la confusión; confusión tanto más delicada cuanto las ventas bajaron ostensiblemente.

La valentía, señor Salgado, al igual que una empresa, puede ser mal administrado, encaminándonos, ciegamente —¿o a conciencia?— a innobles medidas.

Quiero en este momento detenerme y recordarle, con justo derecho, el negocio que pactamos en post de nuestro rescate financiero. Este consistía en la utilización del Remanente del Crédito Fiscal (el reputado impuesto por efecto de compra, que no vale la pena explicar a usted en su calidad de contador). La empresa había acumulado un impuesto por la cantidad de quinientos mil dólares —¿Lo recuerda? Sí. Yo sé que sí—. Su misión, nada despreciable, debo admitir, radicaba en encontrar compradores para aquel impuesto, alguien que deseara evadir pago de rentas y, a razones elementales, aumentar utilidades. Nuestra empresa debía emitir un par de facturas de venta a nombre de nuestro comprador. Ellos cancelarían el cuarenta por ciento del impuesto con lo que obtendríamos una ganancia de trecientos mil dólares. Finalmente, vendría el termino de giro de la empresa por insolvencias y la reapertura de otra, con toda esa portentosa cantidad de capital disponible. Partiríamos de cero, señor Salgado.

Usted recibiría el importe en billetes. Era lógico. Lo acordamos. No nos podrían transferir el dinero a mi cuenta. Yo no tendría cómo justificar a las autoridades el ingreso de aquella suma a mis arcas. Me pareció perfectamente

lógico. Convenimos, una vez recibido por su parte el pago, juntarnos en algún punto intermedio del país para repartir el efectivo.

Esperé durante una semana su señal. No quise incomodarle con llamadas insistentes y aguardé con la fe ciega de quien cree firmemente en patrones de civismo.

Debo ser sincero, la aflicción comenzó a apoderarse de mi aliento. A pesar de ello, dentro de mis especulaciones, aún le daba a usted, una oportunidad. Imaginaba que cierto contratiempo había ocurrido, alguna enfermedad, accidente, algo grave por lo demás —ambos reconocemos con qué desdén la vida abre y cierra puertas—, y que todo volvería a la normalidad con rapidez. Finalmente, recibí su mensaje.

Dos semanas, un plazo, era el último párrafo de su carta.

El tiempo, señor Salgado, otra vez el tiempo y sus andares, y nuestra profunda negativa de aceptarlo. Su desplazamiento es unidireccional y eso nos suscita un profundo dolor. Qué más quisiéramos que detenerlo o guiarlo a nuestro afán.

Sólo absurdos filosóficos.

Han pasado dos meses y no he vuelto a tener noticias tuyas. No ha contestado a mis llamados telefónicos, he preguntado a amigos mutuos; dicen que usted aún vive en la misma casa. Ni siquiera se ha mudado, señor Salgado. Me reconforta saberlo. Qué importante es conservar un hogar. Mis empleados, gente nacida y criada en nuestro sur, tuvieron que emigrar hacia otras regiones, en la misión, honesta, qué duda cabe, de encontrar un mejor pasar. Por mi parte, hace una semana, he recibido la notificación de embargo de mis propiedades y el remate de mi casa.

No sé si soy claro al expresar mis sentimientos. No sé si usted advierte o logra comprender el estado de ánimo en que me encuentro. ¿Se ha quedado usted con mi dinero? ¿No tiene intención alguna de entregarme mi parte? Son las dos únicas preguntas que he debido hacer en toda esta carta, evitando tanta explicación y análisis desmedido.

¡Cómo me gustaría estar frente a usted! Golpearía la mesa y le gritaría en su cara que la raza humana no puede seguir de esa forma. Dónde queda el dialogo, la negociación, la amistad, la confianza. Cuántas veces nos jactamos de nuestro enfoque múltiple, quejándonos duramente de aquellos que practicaban enfoques únicos, tiranos, dictadores de ideas, absurdos que no merecen vivir en nuestros tiempos. No sabe usted cuánto duele reconstruir hoy esas conversaciones.

Esta tarde he dado un maravilloso paseo por las orillas del lago, con el espíritu abierto, regocijado ante la eliminación inminente de toda nostalgia. Cada rincón del sendero me pareció florido, lleno de vida, las aves, lúcidas cantoras, mis fieles perros en trote sincrónico a mi lado, con el ritmo de la paz, los aromas a leña húmeda, el rocío peinando mis cabellos, todo lo que observé, con pulso tembloroso, con el alma ya al viento, me remitió a otro lugar, a otro espacio, seguramente, mejor. Finalmente he comprendido, vislumbro y pregunto ¿Es que ha habido un día fácil para la humanidad?

Dios es justo. Ilumina nuestro andar pues marcha delante de nosotros y, en esta noche dolorosa, junto a esta carta que redacto para usted sobre una mesa fría y solitaria, en esta casa deshabitada, acaricio la esperanza de la mano compasiva de la eternidad. Mucho se ha perdido, pero nunca perderé mi fe. Le aseguro que, para ambos, usted y yo, volverá a salir el sol, habitaremos otros territorios, libres de toda crueldad humana, donde la pureza de los amaneceres reinará. Nuestros caminos se cruzarán en lo más alto.

Soy y seré un caballero hasta las últimas consecuencias. Prometo mantener el orden de su casa, no romper nada, limpiar cualquier resto de suciedad o mancha no deseada, hacer el menor ruido posible, no importunar a los vecinos, menos a su digna esposa y en especial a su joven y hermosa hija.

He dado la orden que el disparo sea directo en vuestra cabeza.

Siempre suyo,

Juan Francisco Vivanco

Puerto Montt, Chile.

Llevo un año en esta ciudad, dijo Patricia.

No sé quién estuvo ayer en mi cama y no me interesa. Las imágenes aparentan surgir desde un espejo roto. A cada una le falta un fragmento. El destello de mis pensamientos es una figura parcial. Los reflejos son incompletos y la metáfora hace alusión a los propios pedazos de mi vida. Mi pasado, mi presente y mi futuro regresan a mí en cuadros seccionados en los bordes. Los retratos surgen mutilados. Los rostros se aproximan sin cabellera; los paisajes no tienen color ni sombras; casas y edificios, sin tejados, sin paredes. En más de una ocasión carecen de orejas, nubes, cejas, montañas o puertas. No logro distinguir quién es quién en la proyección. Todo sobreviene de golpe como el zoom manipulado por un niño.

Algunos amaneceres, cuando ya todos se han ido, me entretengo escarbando con mis ojos en uno de los trozos. A veces, distingo algo similar a un nombre, o una palabra definida pero inesperada, una mano evocadora, una caricia con poder adolescente. Permanecen por lapsos de tiempo prolongado, pero intermitente. No es suficiente. Trato de recordar; procuro acercarlos para mantenerlos con vida dentro de mi vida. Les rozo apenas con la punta de los dedos de mis pies, pero dan la impresión de huir como si mis pies estuviesen enfermos. Luego caen en una quietud profunda y esperan a que vuelva a acercarme y trate de armar cuadros, repasos de la noche anterior.

Los trozos grandes perpetúan su presencia. Pero soy yo quien les da su tamaño. Dentro de ellos ha quedado algo que transforma la imagen en un cuadro visible e individual. Rechazo, con una caricia de cabello, los ruegos vehementes. Aprendí a detenerme a tiempo. No hay paréntesis que circunde la frase. No te permitas esos lujos, me dije la última vez, frente a un trozo hermoso, amigable, vitrificado de futuro en conexión con el mío, ambos... futuros. No. Yo ya lo había decidido, y no deseaba contagiarme, expandir el reguero sobre el campo para, lejos, muy lejos, cosechar un mañana que no era el mío. Es tan fácil engañarse, cambiar el traje, buscar un cómodo disfraz y salir de lo concreto.

Entonces reacciono. Me doy cuenta de quién soy, levanto la cabeza y dejo de mirar el suelo y sus recuerdos para posar mis ojos sobre el cielo raso, mi verdadero y único horizonte. Lo sé con certidumbre. No logran conmoverme. Pierdo

mi interés ante una pequeña sospecha de costumbre. Prefiero sonreír y jugar. Les arreo como esclavos. Vienen tal cual son: con los bolsillos cargados de dinero, su sexo temeroso y escucho los grilletes de los vidrios rotos que crepitan mientras avanzan.

Sonó la alarma de su teléfono. Faltaban para las siete de la tarde. Se desperezó en la cama y abrazó la sábana con las piernas. Se quedó un rato en aquella posición luego estiró la mano y encendió la lámpara. El cuarto quedó iluminado. El silencio le envolvió. Trató de recordar la noche anterior. Cuál había sido el peor y cuál el mejor. Sonrió. Buscó en su memoria algún lazo, cualquier palabra que le hiciera entrar en alguna de las escenas de la jornada y lograr visualizarla, completamente, alcanzando el vínculo especial: una risa, un olor, un presente, un orgasmo inesperado, un cigarrillo bien compartido. No. No había nada y, si lo había, no valía la pena.

Siguió con la vista el cable de la electricidad. Fue tras él, girando en la cama hasta detenerse en la bombilla. Permaneció un rato, de espaldas, escuchando atenta. El silencio seguía ahí: absoluto. Era una más de las ventajas de su cuarto: no tenía vecinos. Meditó sobre ello con la vista fija en la bombilla. Desprendió las sábanas con las piernas, estiró los brazos los más atrás que pudo, curvó la espalda y gimió un suspiro largo y agudo, hasta resoplar la totalidad del aire. De un impulso logró sentarse en el borde de la cama. Sobó sus rodillas con suavidad. La camiseta se había arrugado más arriba de los muslos. Dormía sin ropa interior. Su sexo, perfectamente rasurado, brilló frente al espejo. Rotó el cuello alrededor de los hombros, inhaló por la nariz y botó por la boca. Repitió la secuencia con disciplina. Bajó la cabeza y reparó en sus pies. Escarbó el suelo con el talón, bajó y subió los dedos. Intentó, en un acto mental, separarlos, pero le fue imposible. Inclino el cuerpo y alcanzó el pulgar, pequeño, curvo, hermoso, con su mano. Sonrió. Luego aferró fuerte los cinco extremos y les tensó hacia arriba. Reprodujo la acción con el otro pie y cayó de espalda. La bombilla seguía allí. Raramente la encendía. Ni a ella ni a ellos le agradaba. Preferían la ligera luz de la lámpara. Ellos... ¿Cuál había sido

el mejor de la jornada? ¿Y cuál el peor? Volvió a sonreír. Cayó hacia atrás y recogió las piernas hasta que tocó con ellas su estómago. Luego fue subiéndolas hasta dejarlas rectas, fijas al cielo. Metió sus manos bajo las caderas y levantó la pelvis. La bombilla era inalcanzable. La camiseta frenó sobre su pecho. Contempló su sexo por un buen rato. Balanceó su morfología fina y bien formada hacia atrás y hacia delante hasta alcanzar la velocidad que deseó y, de un brinco último, precipitó, gimnasta, su cuerpo junto al borde de la cama. Se despojó de la camiseta y caminó hacia el baño.

En ocho meses he conseguido lo que quería, dijo Patricia.

Volver a casa de mis progenitores era un absurdo impropio, sin cabida en mi personalidad. Mis padres, mis buenos padres, me dieron una educación, transmitieron valores y moral, sin embargo, no fue suficiente. Nunca me hablaron de la velocidad del tiempo. La noche está encima nuestro con sólo dormir una siesta. Abres los ojos y ya no queda un gran trecho, un espacio amigable para cumplir lo soñado. Las horas se alimentan de nuestra actividad, crecen hasta transformarse en días, envejecen siendo años, luego todo acaba. Decidí anteponerme, ir más rápido que los ciclos corrientes, sortear la cesación, el paréntesis del tiempo, pasado y presente, y existir años adelante.

Disfruto este exilio voluntario. He aprendido a destruir las imágenes, lo real, y redescubro lo necesario para dar el paso siguiente. Salto victoriosa hacia el comienzo de la jornada. Abro la puerta sin esfuerzo. Pronto saldré de aquí. Compraré un departamento con vista a la montaña. Los espejos rotos me acompañarán toda la vida, con datos anexos, breves, asociados a escenas, recuerdos fútiles que no dejan huella, sólo vayas sorteadas en la carrera. Es un precio que puedo pagar con facilidad. Los cristales fragmentados están acá, sobre las tablas de este suelo. No tengo alfombra. Yo quise esta habitación del hotel. Fue mi elección.

En un principio no fue así. Alquilé una habitación con grandes ventanas y vista a la ciudad. Podía ver la iglesia y la Alameda desde allí. Distinguía la gente y su andar citadino, los autos, los buses, el humo cetrino del atardecer, la medianoche húmeda. Gozaba el bullicio urbano. Sospeché que era lo mío. Me equivocaba.

No alcancé a vivir mucho en esa habitación. Tengo veintidós años. No quise evitar nada de lo que ocurrió. Comencé a llegar de madrugada y a veces traía conmigo alguno de mis nuevos amigos. Los encontraba o ellos me encontraban a mí dentro del fondo del paisaje nocturno. No existía acuerdo previo, sólo bordes en atracción. La carne entretejía el dialogo, un encadenamiento veloz hacía la puerta de mi cuarto. Abríamos la ventana y dejábamos escapar los gritos por el balcón. Alguno de ellos, en el despertar de la fatiga, dejaban un poco de dinero, otros, joyas. Muchos, en la cimentación de la rutina, quisieron volver. Desecho las razones, simplemente no lo permití.

Había algo más, algo que lograba percibir con certidumbre, no así identificar. Cada vez que abría la ventana, la ciudad me quitaba algo del cuarto. Mi fragancia era arrastrada por la brisa, diluyendo mi verdad tras un pasado que estaba muerto. Aún quedaba algo de conciencia, un escrúpulo agónico que debía liquidar.

Decidí cambiar de habitación. Di una vuelta por los pasillos del hotel hasta que encontré el cuarto ideal. Quiero la habitación 411, dije un día a la mucama. Pero no tiene ventana, contestó ella. Quiero verla, insistí. No tiene alfombra; es sólo madera, detalló la mujer. La observé fijamente. Comprendí su delantal rosado, sus ojos de gotera, su piel de frío invierno, sus senos de adobe roído, su vagina de greda hendida, su totalidad de periferia y hambre y supe que mi decisión era la correcta. Quiero la 411, exigí.

Abrió el grifo y dejó que el agua de la ducha cayera. Con la mano tanteó la temperatura, aún muy caliente para el gusto de ella. Dio un poco de agua fría. Volvió a tantee y una sonrisa tenue aprobó la condición. Metió un pie, esperó, fue sintiendo el equilibrio termodinámico entre espacio y cuerpo, otro recuerdo perecedero de noches anteriores, y entró. La tibia fresca del agua bajó por su pecho y descendió desde el abdomen. El vapor devolvió el húmedo delicioso, a la

vez subiendo, en giros, asociado entre poros y cabellos. Frotó su rostro y sopló el agua que salió desde su boca. Mantuvo los ojos cerrados. El agua era paz, refugio pulcro de gotas en ejército. No habría nada en el mundo que la importunara.

Tomó el jabón y llenó su mano con él. Comenzó con los brazos, siguió con el cuello y los senos; frotó muy bien bajo ellos, luego la aureola y un poco hacia atrás hasta alcanzar los hombros. Dibujó una línea horizontal en su vientre, un boleto de ida y vuelta de su mano y fue resbalando hasta su sexo. Lavó despacio, con fruición gradual, absorta en una evocación cercana. Enjabonó muy bien sus glúteos, con un gesto perezoso y delicado, y volvió sobre su sexo. Tarareó *when the streets have no names*. No le temía a la muerte, pero cualquiera de estas noches podía morir. Era parte de la ruleta. ¿Acaso no todos jugábamos? Sólo bastaba con abrir una ventana. En todos lados rondaba el ángel negro. Las calles no tienen nombre, tradujo y el alivio de lo inexistente, lo aún lejano, liberó su corazón de las culpas habitadas. La sonrisa volvió del viaje y recibió la calidez salpicada en su cuello. Miró hacia abajo. Sus pies, sus hermosos pies. Estuvo largamente observándolos. El esmalte de uñas había perdido firmeza. Prefería el rojo oscuro, más por acuerdo tácito que cábalas inescrutables. A ellos les encantaba. Ellos, ávidos, muchos comenzaban por los pies.

Cerró la llave, tomó la toalla y comenzó a secarse. Le agradaba su cuerpo. Le gustaba mucho su cuerpo. Abrió la cortina y avanzó, deslizándose fuera de la bañera. *When the Street have no names*, silbó sobre el espejo empañado. Con la punta de la toalla removié el vapor del vidrio. Detrás de la nube surgió su rostro joven, bello e imperioso de veintidós años. Limpió sus dientes con el dedo índice, restregando con fuerza a intervalos cortos. Un acto insolente, descarado, que le generó un suspiro irónico de agradecimiento. Sacudió su pelo con ambas manos, batió la cabeza hacia adelante y hacia atrás, tradición insobornable, y movió el cuello en un baile frenético, rápido. Las gotas desterradas sonaron heridas sobre los muebles, el espejo y la cortina.

Salió del baño cubierta con la toalla. Examinó su teléfono. Leyó el mensaje y respondió: a las nueve sin problemas.

Me cambié de cuarto, dijo Patricia.

El gerente me miró con ojos de águila, con alas, con garras, la efigie del ave rapaz, la tragedia inequívoca, y me dio exactamente igual. Construyo mi felicidad sin juicios. Dejo que los pedazos rotos del espejo bailen sin nombre, en las calles sin nombre. Es parte de la ruleta. Muchos hombres me admiraron con ojo rapiño, anhelando hurtar de mi cuerpo un placer gratuito. Me gusta que crean que soy un cuerpo inanimado, una muestra de humor negro, que yace sobre la arena. Eso me satisface. Al igual que este cuarto. No tengo ventana. No hay sol, ni noche, no escucho la lluvia y no siento el viento golpear los techos. Vivo de los momentos que traen mis relaciones y sus diálogos son los que construyen mi tiempo. Es parte del espectáculo. Ellos vienen con una idea en la cabeza. Salen de sus casas hablándose por lo bajo, concientizándose. Lo merezco, declaran, por Dios qué lo merezco. La vida es una miserable mierda que nos saca día a día de la cama a patadas. Hoy quiero meterme en otra cama y disfrutar mi premio. Lo merezco. Es lo que piensan. Traen el dialogo preparado, un listado de gestos ensayados en la penumbra de la sala de baño, y yo les guío con preguntas específicas. Los encamino hacia el goce. Poco a poco me voy enterando de lo que ocurre en el exterior, y respondo con falsas exclamaciones de sorpresa, con sonrisas vagas y distraídas o con entusiastas caricias. Es parte del magnífico espectáculo. Sólo recojo lo que necesito.

No podría vivir de otra forma. No tuve necesidad de explicárselo al gerente del hotel. Se ofreció cortésmente. A veces viene a visitarme después del almuerzo, trae perfumes o ropa interior. Me gusta la ropa interior suave, de colores primarios, biológicamente receptivos. Disfruto untar mi cuerpo con cremas florales y perfumar mi sexo con lavanda. El aroma predomina en las paredes. Sonríe al responder los mensajes, juego con palabras, inequívocas, precisas. Soy yo quién decide. Me seduce escuchar los pasos acercándose por el pasillo, los espejos rotos al rodar por el piso, en la excitante incertidumbre. Me intensifico en la posición soñada, asciendo, las manos dispuestas, el corazón cerrado, lejos de toda coincidencia y abro la puerta de mi cuarto. Vivo en el 411.

Dejó caer la toalla al piso y encendió un cigarrillo. Una buena bocanada de humo subió y se expandió por el cielo raso. Dejó la colilla sobre la mesa de noche y caminó hacia el ropero. Alcanzó sus cremas. Leyó atentamente los ingredientes y aromas, leche hidratante, neutrógena, White Tea, Smooth, vainilla, jazmín, lavanda. Sonrió persuadida de la decisión correcta y dejó caer algunas gotas sobre la palma de su mano. Acarició su cuello con la fragancia, sus hombros y brazos, bajó por las piernas, alrededor las rodillas y entre pies. Llenó una vez más la mano y sobó suavemente sus nalgas. Con la punta de su índice rodeó su sexo. Respiró victoriosa consumiendo los aromas. Abrió el cajón inferior y vistió un calzón rojo con encajes negros. Le tomó de los tirantes y ajustó más arriba de la cintura. Volteó y contempló su trasero en el espejo. Apretó la carne redonda, benévola a consideraciones, y comprobó su dureza. Inspeccionó su teléfono y constató la hora. Faltaban minutos para las nueve. Fue tras el vestido negro. Le gustaba mucho su traje negro, suave y delicado, de escote acentuado y espalda recortada, sostenido, escasamente, por dos tirantes finos. Lo calzó pasándolo por la cabeza. A penas le tapaba el calzón. De su bolso de noche cogió el estuche de los cosméticos. Pintó los labios, preparó las pestañas y luego, sentada en la cama, repasó el esmalte de las uñas de los pies. Probó los zapatos negros quedamente frente al espejo, exhibiendo una pierna, luego la otra.

Un mensaje llegó a su teléfono. Aplicó algunas gotas de perfume detrás de la oreja. Caminó hacia la puerta y escuchó. Desde lejos, por el pasillo, se oyeron pasos acercarse. Patricia corrió el cerrojo, retrocedió hasta sentarse en el borde de la cama y esperó. Lentamente se abrió la puerta del 411.

LA ALMOHADA ENTRE LAS PIERNAS

I

Entra, no te quedes ahí en la puerta. No pongas cara de niño ofendido. Bueno, sí, me demoré en abrir, pero no es para tanto. Hay que llevar los caminos con facilidad, tarde o temprano te sacan de donde estás. Y yo... estaba en el baño dándome un retoque, ¿acaso no lo notas? Si quieres doy una vuelta, ¿te gusta?, combina con la melena, ¿cierto? El cabello, la sumatoria de hebras. No sólo pienso en eso. Pienso en todo. Esta blusa la compré especialmente para hoy. Fíjate, el ajuste es perfecto y gobierna precisa. Lo del color fue a propósito: lila, tu favorito. Me lo recalcaste hasta el cansancio. ¿Quieres tocar la tela?... Sí, terciopelo, ¿sientes? Al contacto con la mano deja un camino blancuzco que desaparece si retrocedes sobre la misma huella, mágico, ¿no? Es como ir hacia adelante con una juventud briosa y retroceder con una vejez jadeante. La vida es una caricia sobre un terciopelo. Lo importante son mis pechos y la elegancia con la que esta tela los acuña. Deja que esta vez sea yo quien lo diga. Ya lo hiciste el día del matrimonio de tu hermano. Me pasaste a buscar. Yo bajé desde el segundo piso y tú, al verme, gritaste con un tono exagerado: ¡preciosos! Te lanzaste encima. Sí, literal. Pero eso fue después, al salir de la casa. Me apretaste fuerte, como a una almohada. Cómo olvidarlo; ven para acinturarte, me dijiste. Qué palabrota esa, acinturarte, almohada, último recurso de la cama vacía; no podía ser de otra forma, solté un grito. Luego corrimos al auto. ¡Claro! el detalle: tú llevabas la mano sobre la palanca del cambio, entonces puse la mía sobre la tuya y, juntos, con un movimiento perfectamente coordinado, cambiábamos de marcha. Un acto concluyente. Mano sobre mano. Viajamos en silencio, contentos, sencilla máquina sobre ruedas, girando en la vida, a impulsos diarios, como una buena cena. No me mires así, soy tan simple, me gustan las cosas simples, que me identifiquen, que me llenen de, cómo te lo digo, de perfume, no sé, o de siluetas, bah... ¡entra de una vez!

II

Tranquilo, estoy sola. No, hombre, nada de explicaciones, vendrán más tarde. Pero lo sabes, todo lo sabes... schiiiiii, silencio, silencio. No tienes derecho a decir nada. Lo digo tranquilamente, como un árbol que da sombra, reposado,

envuelto en viento,. No es mi intención. No busco exponerme sentimentalmente ni exhibir trapos sucios al sol, únicamente... recuerdo la forma y los sonidos y tú estabas ahí y yo también. Paradójico ¿cierto? Pero cómo, ¿todavía parado en el pasillo? Muévase el macaco, sí, macaco, no de mono, lo sabes, por supuesto que lo sabes, es macaco de macaquero, de pajero, de bueno para corrérsela, ja, ja, ja, sí, sí sé que soy yo la que se humedece de la nada y a la que le corre el jugo por las piernas. No sé si fue mérito tuyo. No te creas. Ese día, simplemente amanecí mojada pues, porque, bueno, estábamos tan pegados (y déjame que use ese adverbio) pegados y yo, claro, estaba mojada. Tonto, mi vagina, Ella, como tú le llamabas, Ella estaba mojada y me preguntaste si siempre amanecía de esa manera y yo te dije que sí, y tú me miraste y gritaste, con una sonrisa pausada, inolvidable: ¡macquera! Desde ese día, ¿lo recuerdas?, desde ese día se dio vuelta la tortilla y comencé a llamarte macaco. Tú también me lo decías, macaca, macaco... mono, monito, monudo, macaco y macaca... como verdaderos monos masturbadores... ¿Pero por qué te tengo que jalar del brazo? No tengas miedo. ¿O ahora te vienes a hacer el que no me conoce? Me has visto por dentro y por fuera. No me digas que te suena un poco vulgar. Es así: completo, exacto, como dar un paso y luego el otro. ¿Ves? Ya estas dentro. No te he dado las gracias por venir. Siempre presumí que lo harías, más temprano que tarde. La fe es lo mío. No estoy ironizando. Tampoco quiero incomodarte, menos hablar de justicia. Lo único justo era pedirte que vinieras. Fluyó así de simple. No podía dejar las cosas, como quedaron. Eso no se hace. En realidad, no tengo la menor idea sobre lo que se debe o no se debe hacer. Hay muchas cosas que he hecho y otras que se han hecho solas, sin que yo haya intervenido en lo más mínimo. No, no estoy enredándote ni jugando a unir lejanías para meterlas dentro de un pañuelo tembloroso, en la despedida. No pretendo hacer el show de la que intenta decir algo y no lo logra. Aquel día del paseo también pensaste que quería terminar contigo. No tenía intenciones de dejarte. Nunca las he tenido. Bueno estaba un poco rara, en realidad bastante rara, pero no era por todas esas tonteras que dijiste. Que ya no quería acercarme porque había decidido, por alguna razón desconocida, dejarte de a poco; que no quería ir al refugio y admitir mi costumbre a tus manos, a tu olor, o a esa cualidad tuya para buscarme durante

la noche, hurgando bajo las sábanas hasta encontrarme, bordeando, tal y como yo quería, así, por atrás, acariciando mi espalda y mi vientre. No, no tenía nada que ver con eso. Mi silencio y mi abstracción no eran por eso. Bueno, de acuerdo, tal vez daba esa impresión, pero... no, no te vayas, no escuches las campanas, déjalas que repiquen; su sonido se pierde con la historia, como pies peregrinos. Sólo mantén y no te enfades. Está bien, había ido al doctor, ese día no te lo dije, te lo conté después, en realidad, terminé por contártelo esa misma noche. No pude hacerme la tonta. Te lo grité a la cara. Fue sólo un afán desesperado, tú me entiendes. No era nada en tu contra. No te pongas así, fue como te pusiste allá. Me pediste el cigarrillo que colgaba de mis dedos y dijiste, respirando el último vapor de la noche, al menos así me pareció: tranquila, amor, pronto se calmará la vida. Sé que lo supiste, lo adivinaste y el silencio se llenó con la frase. Después de eso no dejaste de usarla. Siempre estuvo allí... Era como eso, como un “siempre estuvo allí”, sí, entre comillas, y nos aliviaba... antídoto, suero, morfina, calma, qué sé yo, lo único que sé es que la repetías y yo... Yo estaba allí, a tú lado... sí, como ave de país distante, o como tierra, o cenizas sobre la tierra, derretida, fundida, sí... unidos, qué importa, es la verdad... Deja tu chaqueta en la silla, te irás mañana. No te preocupes, mis padres se mudaron al Norte.

III

¿Quieres tomar algo? ¿Una malta? Como en los viejos tiempos. Sí, suena a ancianos que agonizan, pero no, sólo quiero que brindemos por las imágenes, las divertidas, las dolientes, el sin fin, las que llenaron los registros, inalterables en el tiempo..., y otra vez el tiempo, ¿cierto?, ese estar y no estar y no saber si estaremos..., este mismo instante que con su marcha de bestia coja, de unas veces sí y otras veces no, se transformará en otro imborrable recuerdo hasta formar parte de la difusa forma del sueño. Disculpa si te aburro. Mejor brindemos, nada más que por todos ellos, por los recuerdos, que tienen mucho de comienzo, pero, bueno, nunca sabemos dónde terminarán. Así como aquel diciembre. Eso, eso, ánimo con esta página, deja que descienda en caravana. Las clases terminaban y nos

íbamos al parque, al jardín botánico. Había árboles de cerveza. Desde sus ramas colgaban los envases y la regla era: cualquiera los coge, pero los repone. Estabas sentado en el pasto, junto a tus amigos. Al final fue coincidencia, como todo lo que ata la vida. Me acerqué a pedir fuego y tú, golpeando la tierra con tu mano, me invitaste. Juntemos las mesas, dijiste. Todos rieron y las risas fueron tan fuertes que mis amigas me miraron y yo, sin pensarlo, les hice un gesto con la mano. Nos sentamos dibujando un círculo. Éramos tres contra tres. ¿Ojos? ¿Cuántos? ¿Doce? ¡Doce! Sí, hombre, nos dieron las doce de la noche sentados en el pasto. No, de dónde sacas eso, yo no tenía ninguna intención, no señor macaco, ninguna intención y fui absolutamente i-no-cen-te cuando dije: vamos a acostarnos. Sé que no me crees, pero lo dije porque tenía frío. Mi intención no era llevarte a la cama...

¿El resto del grupo? Ni idea. Nosotros nos habíamos dejado llevar por las palabras, por caminos y laberintos y esas tonteras de, ven, vamos, que la mano y las bondades del cuerpo, y que yo te doy una sílaba y tú me das una estrofa... y canciones y cursilerías.

¿Ahora? Ahora a la cocina. Ahí están las maltas, las mismas que ayudaron a las palabras, ese día de diciembre, a construir la escalera que nos llevó hasta arriba, hasta la media noche, en pleno jardín botánico. Igual me fui contigo y nos metimos en tu pieza... Que por qué lo hice, para qué quieres saberlo... me fui contigo y punto...

IV

Ah, sí, la caña corta, para que dure. ¿Yo?, creo que está noche beberé. Sí, no he olvidado lo que dijo el doctor. ¿Recuerdas el día que lo enfrentamos? Tú esperaste afuera mientras yo entraba a su consulta. Allí estaba él, con su traje de hombre puro, casto, pulcro y limpio, ¿lo mismo?, bueno, lo que digas. Sabes muy bien la opinión que me merecen. Lo más difícil es tolerar la escena melodramática al final del acto sin lanzar un buen vómito. Ok, ok, tienes razón, lo mejor es evitar ese recuerdo y que la película tome otro camino. Claro, el que tú quieras, el que tú digas... Soy feliz. Brindemos, que la espuma se pegue, que se vuelva saliva. ¡Salud! Es lo mejor, una tras otra, una tras otra, como palabras. ¡Tanta palabra que dijiste y

que nunca pudimos explicar! Lo intentamos con el diccionario a dos manos. Lo hicimos las primeras semanas del hospital. Llegabas con las últimas palabras: báculo, cornucopias, periclitar, y muchas otras y tantas más que ya no existen. Lo hiciste para entretenerme, para alegrar los ojos. Querías impedirlo. Ya pues... levante su cabeza, no se me ponga así. No hubo tiempo. Ni siquiera alcanzamos a abrir el diccionario y aprender la última palabra. Porque siempre habría una última palabra, la que buscaríamos en los miles de años venideros que nos quedaban por vivir juntos y revueltos. Yo también deseaba intentarlo, al final me agoté... No, si no estoy triste; hum qué rico, no te habías acercado, claro que puedes besarme, no tienes que pedirlo, pero, espera un segundo, primero tomemos otro poco de malta. Sí, ponla en mi boca, me gusta beber desde tus labios, es tan carnal, es tan vivo, es tan de tierra...

V

Estás loco, por supuesto. De dónde sacas eso. Siempre me iré a la cama contigo. Huy, qué impaciente. Me atrae el deseo y más que me desees. Me gusta lo sensual del enredarse, saber a alcohol y a puertas lloviznadas. Mirar hacia atrás y ver la cama, caer desnudando las paredes y el cielo raso. Sí, sácame la ropa. No sabes cómo he extrañado estas manos. Permíteme reconocerte. Me gusta que me aprietes. Es más que seda, es más que fruta. Así es la almohada entre las piernas, y las manos del ciego tantean dentro de la oscuridad. Afuera, la luz; dentro, gira el sueño. No pienses en las sábanas agrupadas en el fondo, ni en las frazadas al caer por los bordes. No trates de ordenar ni de ordenarte. Deja el verso cabalístico escrito en mi cuello y reléelo las veces que estimes. Bueno. Lo sé. No tienes que pedirlo. No me cuesta nada dar la vuelta. Sólo sigo el empuje de tu mano. Me gusta oponerme y que intentes convencerme. Susurra placeres al oído. Engáñame; que no me dé cuenta. Hazme el amor con este odioso amanecer, con esta luz que comienza a golpear tus ojos y te impulsa a permanecer aferrado a mi cuerpo que levita junto al tuyo, en esta cadena de quejidos de la que no quiero liberarme, ni ahora ni en el nunca jamás. Borra todo indicio, recuerdos de un mundo ajeno, los algodones, las mangueras y las burbujas de oxígeno que se desplazaron desde el

tubo hacia mi boca, cuando ya todo estaba perforado: páncreas, útero, hígado y mi todo muerto, perforado... sólo sigue, no perdamos el minuto de este ciclo, salta las penas y las ausencias. No existen. Ya estás dentro. Prolonga el movimiento y sacude con tu mano las impurezas del final. La sensación es grata. Aquí estoy. No me llames. No despiertes, prosigue en imágenes. Olvídate del rayo de luz. Reconstruye tu alma, arma el mosaico y trata de volver a dormir. Retoma los laberintos que conforman el camino de la imaginación y construye un puente hacia el otro lado. Entiende el por qué, el cómo y el cuándo, y la connotación de muchas palabras que acabaron sobre el suelo. Ve, busca a tientas la almohada y ponla entre tus piernas. Rescata las imágenes: el traje, la casa, el refugio en la montaña, las palabras, las paredes blancas, la enfermedad, la pantalla negra, la línea verde, odiosamente recta y, al final, mi alma que se perdió hasta resucitar en sueños y pesadillas, el día que arrojaste lavandas sobre mi tumba...